

¿Qué fue el ENEC?

P. Antonio F. Rodríguez Díaz
Cura Párroco de Artemisa

Esta pregunta se la hacen la mayoría de los nuevos católicos que participan en nuestras comunidades en la actualidad, y que llegaron a ellas después del ENEC; la cual constituye una pena. También se la hacen los agentes pastorales venidos del extranjero durante estos últimos 15 años. ¿Será porque no les hemos hablado a unos y a otros de este encuentro; y lo que todavía es más grave, el ENEC no cuenta de forma consciente en nuestro quehacer pastoral? ¿Puede haberse olvidado esta realidad –el ENEC y sus reflexiones- en tan poco tiempo? Y si así fuera, ¿por qué? ¿Qué ha fallado en nosotros los que participamos esperanzados en el ENEC, que no hemos sabido o podido desarrollarlo y mantenerlo vivo, al menos en parte?

El ENEC fue el Encuentro Nacional Eclesial Cubano. Se celebró en La Habana del 17 al 23 de Febrero de 1986. En él participaron todos los obispos cubanos de aquel entonces, junto con una representación de sacerdotes, religiosos y laicos de las siete diócesis con las que contaba Cuba en ese momento. Ha sido, a mi modo de ver, la más importante de todas las reuniones de la Iglesia en Cuba durante estos cinco siglos de existencia. Supera al Sínodo de Cuba, celebrado en 1681.



“Hubo una osada voz que expresó: “Hagamos un Puebla cubano”. Una ovación se escuchó. La voz era la de monseñor Fernando Azcárate Freyre de Andrade” (al frente a la izquierda). En la foto, también, monseñor Carlos M. de Céspedes y monseñor Stehle, obispo director de Adveniat.

Por otra parte, cuando se analizan las circunstancias socio-políticas en las cuales se celebró este encuentro, y la situación de la Iglesia en Cuba cuando se realizó; entonces, las reflexiones de esta reunión se agigantan, al punto de que el medidor eclesiológico de la Iglesia en nuestro país alcanzó su cifra más alta.

Nueve años antes, un alto dignatario de la Iglesia visitó nuestro país, y concluyó que a nuestra Iglesia le quedaban unos cinco años de vida. Ese alto dignatario había observado que esta Iglesia carecía de las mínimas estructuras para desarrollar su misión. El número de sus sacerdotes, la mayoría con más de 50 años de edad y, además extranjeros, oscilaba entre los 200. Las religiosas quizás duplicaban esa cifra, pero tenían las mismas características de edad y nacionalidad que los sacerdotes. Los seminaristas –diocesanos y religiosos- no pasaban de los 60. Muchos templos no contaban con catequesis de niños, y en los que había, su número era muy reducido. En muchos lugares transcurrían meses sin que se celebraran bautizos.

Asimismo, el número de laicos que componían las comunidades católicas era exiguo, insignificante en algunos poblados, en los que los católicos practicantes no llegaban a cinco, y eran personas muy adultas. La vida eclesial cubana se hallaba separada o ajena a lo que ocurría en la Iglesia continental y mundial. Sin medios de comunicación, sin acceso a la prensa, la radio y la televisión, la Iglesia y su vida eran desconocidos para la casi totalidad de la sociedad que, a su vez, la percibía como algo del pasado, llamada a desaparecer.

Por su parte, el estado marxista-leninista, estructuralmente ateo, ejecutaba una política de tolerancia muy restringida hacia las manifestaciones religiosas. Los creyentes éramos considerados ciudadanos de segunda categoría. Cualquier intento evangelizador fuera del templo despertaba la desconfianza e intimidación. Esta situación producía miedo. Temor del creyente a manifestar públicamente su fe; y miedo de la población a acercarse a la fe o a la Iglesia, por temor a alguna represalia en el ambiente laboral o estudiantil.

En la ciudad mexicana de Puebla de los Ángeles, a principios de 1979, se celebró la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. La mayoría de sus enjundiosas conclusiones no se aplicaban a la vida de Cuba y de su Iglesia. Esta fue la comprobación de un grupo de sacerdotes y obispos cubanos reunidos en El Cobre durante la primera semana de julio de 1979. Hubo una osada voz que expresó: “Hagamos un Puebla cubano”. Una ovación se escuchó. La voz era la de monseñor Fernando Azcárate Freyre de Andrade (+ 1998), Obispo Titular de Cefala y párroco de la Iglesia de Monserrate, en Ciudad de La Habana.

Así nació la REC (Reflexión Eclesial Cubana), proceso reflexivo que antecedió al ENEC y lo preparó. Sin la REC nunca se hubiera efectuado el ENEC. Lo llamativo de todo esto es que aquella Iglesia diezmada, que vivía en un estado estructuralmente ateo, pudo hacer la REC, la cual duró algo más de tres años.

Nueve años antes, un alto dignatario de la Iglesia visitó nuestro país, y concluyó que a nuestra Iglesia le quedaban unos cinco años de vida. Ese alto dignatario había observado que esta Iglesia carecía de las mínimas estructuras para desarrollar su misión. El número de sus sacerdotes, la mayoría.



Encuentro Nacional Eclesial Cubano (ENEC), febrero de 1986. Sesión de trabajo en el templo de Santa Catalina de Siena.

La REC estudió la Historia de la Iglesia en Cuba, y se dio cuenta que sus luces eran mayores que sus sombras, que estas no eran tan negras y tan numerosas como la propaganda estatal mostraba. Fuimos a nuestras raíces, y estas nos dieron autoestima. Encuestamos a los fieles, y ellos respondieron hablando de sus miedos y de sus deseos. Contamos, y el número de católicos prácticos era paupérrimo; pero también constatamos que alrededor de ese pequeño núcleo vivía una religiosidad popular creyente que, de alguna manera, se refería en sus creencias religiosas a la Iglesia Católica. Una conclusión unánime flotaba en el ambiente de la REC: la Iglesia está presente en Cuba, y quiere estar presente; la Iglesia no está muerta, la Iglesia vive y quiere vivir más. Y esta Iglesia solo tiene un camino: encarnarse en la sociedad cubana para hacerse misionera.

De Roma vino un Cardenal argentino de la Santa Madre Iglesia, enviado por Juan Pablo II. Fue el Legado Papal que presidió el ENEC: Eduardo Pironio (+ 1998, cuya causa de beatificación ha sido iniciada); y él, admirablemente sintetizó el pensamiento de la REC, y dijo: “La Iglesia en Cuba deber ser orante, encarnada y misionera”.

Nunca pudo imaginarse aquel otro dignatario eclesial que la Iglesia, a la que él le auguró un rápido certificado de defunción, era capaz de hacer la REC. Una hazaña fueron la REC y el ENEC, porque ese dignatario comprobó la realidad eclesial y política existente en Cuba en los años 70; pero desconocía la calidad de aquella exigua cantidad de católicos cubanos -como no los ha habido después-; y parece que se olvidaba de contar con el poder de quien es el Señor de la Iglesia: El Dios Uno y Trino.